
Ignasi X. FUSTER CAMP, *Persona y libertad. La posibilidad de una antropología metafísica de la persona humana*, Barcelona: Editorial Balmes (Biblioteca filosófica de Balmesiana. Instituto Santo Tomás. Serie I-Vol. VI), 2010, 315 pp., 16 x 21,5, ISBN 978-84-210-0668-9.

En un momento en el que los estudios filosóficos tienden a ser de tipo histórico y erudito, dando lugar a un saber fragmentado, es gratificante encontrarse con libros –como el que ahora se reseña– que trata de asuntos verdaderamente relevantes para el hombre: la persona humana y la libertad, abordadas además desde una perspectiva metafísica, es decir, en su radicalidad y universalidad. En otras palabras, esta monografía es una indagación acerca de la posibilidad y alcance de una antropología metafísica.

Al comienzo del capítulo primero («La filosofía ante la persona humana»), se apunta la pregunta fundamental a que ha de responder esa antropología metafísica: ¿Qué es la persona humana?; ¿cuál es su núcleo más íntimo, su intimidad?; ¿en qué consiste su *personalitas*? En las páginas de este capítulo se lleva a cabo una síntesis de la historia del pensamiento occidental respecto a la realidad personal. De este modo se recorre el debate acerca de la *personalitas*, la aportación cristiana con el concepto de persona, las definiciones escolásticas de la persona, la «deriva moderna de la antropología», etc. De manera particular el autor se detiene en la exposición de las filosofías del siglo XX: los trágicos sucesos bélicos, los campos de exterminio, las experiencias nucleares, parecen marcar una etapa de la historia particularmente «antihumana». Pero el autor encuentra en esos puntos oscuros la fuerza inspiradora de las actuales corrientes antropológicas de matriz cristiana (pensamiento dialógico, personalismo, neotomismo, etc.) que reivindican el valor y dignidad de la persona humana. Ya en estas páginas se marcará el programa metodológico de acceso al núcleo de la persona: la distinción entre *acto de ser* y *esencia* aplicada al hombre. El *actus essendi hominis* equivale a la vida íntima del ser personal, que es la más originaria y fundante; es una vida escondida; es la vida del espíritu o el ser mismo de la persona humana; la *essentia* viene a corresponderse con la vida manifestativa de la persona. Pues bien, para acceder al ser personal será preciso partir del conocimiento de la esencia: el acceso metafísico a la mismidad del ser personal se efectúa mediante un *tránsito* que no consiste en «pasar» de la esencia al ser, sino en ac-

ceder al ser desde la esencia. En esto consiste el método de composición o de conveniencia (p. 35).

El segundo capítulo («El acceso metafísico a la persona humana»), es el más extenso y consta de cuatro grandes apartados: 1) «Lo específico del hombre», en donde se aborda la originalidad humana con respecto al mundo animal: originalidad del cuerpo (rostro, manos, etc.) y del alma (inteligencia, lenguaje, libertad, etc.); 2) «La persona humana en la historia», es una exposición histórica de la noción de persona que amplía lo tratado anteriormente, aludiendo al pensamiento clásico griego, al judío, al cristiano, a la especulación escolástica, a los orígenes de la modernidad, al antropocentrismo moderno, y al redescubrimiento de la persona por parte de Kierkegaard; 3) «Metafísica fundamental de la persona humana», es un estudio sistemático de la realidad personal, en donde se entrecruzan el plano fenomenológico y metafísico. Se analiza la definición de persona de Boecio y la aportación tomista a su comprensión. El autor expone las distinciones entre *esse-essentia*, *actus-potentia*, *substantia-accidens* y *materia-forma*, aplicadas a la realidad humana; 4) en el último apartado («El acceso antropológico al ser personal») aborda ya directamente el acceso a la intimidad del *acto de ser* personal partiendo desde la esencia humana. Como fruto de su exploración aporta algunas descripciones de la persona humana como «el ente único (uno mismo; alguien; este hombre o mujer) que se posee a sí mismo, que tiene capacidad de poseer, y que originaria y radicalmente es poseído por el Ser personal divino. Esta posesión personal es amorosa. El modo de poseer de la persona es a través del amor. La persona posee amorosamente, es *capax amoris*» (p. 201). «Es un ser donal» (p. 231; cfr. también p. 279). Estas descripciones sintonizan bien con acercamientos personalistas y de la filosofía del diálogo, pero sin perder su anclaje en una metafísica clásica, concretamente tomista.

En el tercer y último capítulo («Antropología de la libertad personal») se aborda el tratamiento de la libertad a través de lo que el autor denomina la aporía de la libertad: En efecto, si se penetra en la *eleuthería* (apertura) de la libertad, se da cuenta de que también existe en ella una *aporía*, pues hay algo que parece contradecir esta apertura original y radical de la misma libertad. La apertura está constreñida por el bien que la libertad «no puede no elegir», es decir, que «debe elegir». La libertad tiene un mandato estricto de hacer el bien. La libertad es indeterminación y autodeterminación; pero, a su vez, está determinada al bien. Es autónoma, pero también es heteronomía. La libertad tiene el carácter absoluto del yo en cuanto electivo, pero también un carácter relati-

vo respecto a lo otro, el fin o lo bueno (pp. 246-249). ¿Cómo salir de esta aparente aporía? El autor apunta el esbozo de solución advertido por Tomás de Aquino, quien intenta superar la aporía situándose en el orden esencial del libre albedrío: la libertad está determinada en un cierto sentido e indeterminada en otro. Esto es lo que permite la autodeterminación de la libertad, es decir, el moverse por sí misma. Por su parte, Kierkegaard y Nietzsche se dan cuenta de la necesidad de un tránsito del orden esencial de la elección (libre arbitrio) a un orden más originario. Libertad significa *más* y *antes* que libre arbitrio. Para Kierkegaard, la libertad no consiste tanto en elegir entre varias opciones, sino esencialmente en elegir amar; amar se convierte en una necesidad para él. Desde el amor puede superarse la aparente contradicción entre la indeterminación y la determinación de la libertad. En Nietzsche, también es el amor, un amor que no puede dejar de regalar la dulce sabiduría sobre la verdad del hombre. Este amor es necesidad apremiante de amor al hombre. Para superar la aporía debemos trascender el orden predicamental para acceder al orden trascendental (pp. 277-280). En definitiva, estos pensadores buscan la libertad humana «originaria» o «trascendental», no la «esencial» o «manifestativa». Sus conclusiones, sin embargo, son muy dispares, pues el pensador danés la vincula al amor personal, mientras que el segundo la restringe a la «voluntad de poder». Por otro lado, al hilo de la lectura de otros autores (Polo y Cardona), advierte que la trascendentalidad de la libertad, es decir, que la libertad constituye el mismo ser personal del hombre. La clave de comprensión de la persona se sitúa en una libertad entendida como «autoposesión» y vinculada al amor. De este modo parece superarse la aparente aporía de la libertad.

Este estudio está redactado de manera clara y accesible, aunque quizás requiera unos conocimientos básicos de historia de la filosofía, y sobre todo, de la metafísica clásica. Por otro lado, las fuentes del pensamiento del autor son heterogéneas (desde el tomismo hasta la fenomenología y el personalismo) y a veces el lector puede perder los puntos de referencia para la adecuada comprensión de las tesis sostenidas. Se trata, sin duda, de las limitaciones propias de un plan ambicioso de síntesis entre diversas corrientes y autores. Sin embargo, por encima de todas ellas parece destacarse principalmente la influencia del filósofo español Leonardo Polo.

En suma, el lector está ante una obra que recoge con rigor y claridad los descubrimientos clásicos y recientes sobre la persona humana; pero no se conforma con ellos sino que busca prolongarlos de modo audaz y original.

José Ángel GARCÍA CUADRADO